

El evangelio gástrico según Peyró

Por Jorge Bustos

Buenas tardes a todos y gracias de corazón por venir.

Debo confesar que pensé seriamente en comprarme un traje de *tweed* para presentarme hoy ante todos ustedes. Cuando uno recibe el jubiloso encargo de presentar el último libro de Ignacio Peyró, de inmediato se pone a meditar maneras de estar a la altura. Es como una reacción pavloviana hacia el deseo de la elegancia que nos falta, una aspiración cortés: todos queremos estar a la altura de Peyró, pero para eso habría que trabajar en Fleet Street y no en la Avenida de San Luis, distrito de Hortaleza. En cualquier caso no me he comprado el traje porque solo tengo una idea vaga de lo que es el *tweed*, temía confundirlo con la pana y corría por tanto el peligro de convertir esta presentación en otro Suresnes.

Estoy muy contento de que Peyró me eligiese para presentar *Comimos y bebimos*, porque si mi contacto cotidiano con políticos, tertulianos y tuiteros me avillana, sé muy bien que el contacto con Peyró me ennoblece. ¿Por qué lo sé? Un publicista cretino, de esos que rinden tributo a Rousseau sin haber leído jamás una sola página suya, diría que porque Peyró es auténtico. Su estilo

es perfectamente reconocible, y su voz no se parece a la de ningún otro escritor de su generación, que es la mía. Este hecho avalaría ese culto lerdito a la autenticidad que profesa la posmodernidad, porque cada época se obsesiona con lo que no tiene. Pero lo de Peyró, más que autenticidad rusioniana, es un anclaje de plomo en la verdad de las cosas tangibles, masticables. Peyró conoce el entusiasmo por la realidad y lo difunde, y eso siempre resulta revolucionario, porque somos animales simbólicos, y cada vez somos más simbólicos y menos animales, por desgracia.

Hace poco leí una entrevista a Emmanuel Carrère en la que el pope de la autoficción daba este contundente diagnóstico: «Vivimos la era del fin de la realidad». Tiene razón: la realidad se está extinguiendo, está siendo desplazada de nuestra vida crecientemente digitalizada. Pero todavía tenemos que comer para vivir. Nos queda la comida y nos queda la bebida. Y a esas dos realidades incontestables se aferra Peyró para decir su verdad, que es el placer de la buena mesa como un secular refinamiento del mero ejercicio de la función nutritiva que nos distancia del mono.

La humildad de la vida frente a la grandilocuencia de la política: esta es la primera lección que le da este libro a un hombre como yo, destinado en el frente de la opinión pública y las guerras culturales. Peyró ni siquiera cometerá la bajeza de guerrear por la tortilla con cebolla o sin ella, gilipollez muy celebrada en Twitter, como todas las gilipolleces. Peyró pone a guerrear al burdeos con el borgoña, y de ahí para arriba. Sin concesiones. Hasta cuando habla de la gaseosa parece que clasifica marcas de armagnac.

Algunas reseñas han comparado al autor de este libro con el Camba de *La casa de Lúculo*, pero si es verdad que ambos comparten ironía de encaste anglo, en realidad Peyró se parece más a Azorín... si pudiéramos concebir a un Azorín alegre. Pero tal cosa es imposible. Así que Peyró es Peyró, y basta. Aunque prolongue la estirpe de Luján, de Perucho, de Cunqueiro o de Pla.

¿A quién no va a gustar este libro? Este libro no va a gustar a los *foodies* horteras, ni a los *influencers* de gastrobar, ni a los gurús de spa que hacen intelectualismo con la cocina, o políticas de progreso con el tofu, o metafísica zen con el tataki. Se puede decir que Peyró ha escrito este libro no a rebufo de la ola masterchef sino contra ella, contra la impostura moral del neococinillas. Contra esa impostura ofrece por cierto una receta infalible: la de pagar por lo que uno come. A uno le empiezan a saber bien las cosas cuando las cocina o cuando las paga. Esto solo lo aprenden los periodistas cuando aún no son famosos o carecen de sección gastronómica.

En ninguna reseña de las que he leído se explica el origen evangélico del título. Habla san Pedro en los Hechos de los Apóstoles, capítulo 10, versículo 34: «Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en el país de los judíos y en Jerusalén. Y ellos lo mataron, suspendiéndolo de un madero. Pero Dios lo resucitó al tercer día y le concedió que se manifestara, no a todo el pueblo, sino a los testigos elegidos de antemano por Dios: a nosotros, que comimos y bebimos con él, después de su resurrección». Sin conocer esta cita no se entiende el proyecto de este libro, que no es otro que el de anunciar-nos resueltamente un nuevo evangelio, un evangelio hedonista y festivo que disipa todo oscurantismo y procla-

ma que Dios nos ha elegido para comer y para beber. Nada menos. Este es el evangelio según Peyró, y no sé a ustedes pero a mí me gusta. Lo llevaré a la COPE a ver qué gestión pueden hacer para incluirlo entre los canónicos. Con este Papa todo es posible.

Más que al subgénero de la literatura gastronómica, este libro pertenece a un rango más amplio: el del dietario, que en un planiano como Peyró se abre a todo y lo encierra todo. El único secreto para el éxito de un dietarista es el estilo, la familiaridad de una voz que nos habla después de haber masticado mucho, como quiere la mejor urbanidad. Donde otros hacen poesía de la experiencia, nuestro dietarista deja ir proustianamente su memoria para recobrar el tiempo perdido en comidas memorables que se alargan hasta la cena. Ahora bien, la melancolía de Peyró no viene estimulada por las magdalenas sino por las becasas, y en esto puede decir Peyró que ha batido el esnobismo del mismo Proust.

Hay en este libro una educación sentimental del gusto, el registro de unos ritos de paso vitales a través de los platos que de niños quizá nos repugnaban. Yo no pude identificarme más con el autor que cuando describe el estadio en que «tuvimos paladar para apreciar las alcachofas»: efectivamente, yo tengo grabado ese momento inaugural de mi vida. El aprecio a la alcachofa, esa viscosidad que me provocaba arcadas de niño, fue mi manera de ingresar en el umbral de la madurez, algo cambió dentro de mí para siempre, y ha tenido que venir Peyró para reconocer esa epifanía y darle su justa trascendencia. La alcachofa es el hombre, efectivamente.

Ponderar la anglofilia de Peyró ya es un lugar común del reseñismo, apoyado ciertamente en su monumental

Pompa y circunstancia. Esta fama le ha llevado incluso hasta el Instituto Cervantes de Londres, pero a mi juicio se trata de un equívoco que voy a aprovechar para deshacer, ahora que no nos oye don Luis García Montero: Peyró no es un *gentleman* sino un caballero español de Extremadura. Esto es lo que se concluye de la lectura de este libro españolísimo, y a la vez francés, inglés y bastante italiano. Lo que ocurre es que los reseñistas están acostumbrados a identificar al hidalgo español por su pesimismo, y por eso se confunden con Peyró y le llaman inglés, cuando lo que ocurre es que él es un hidalgo sin decadencias, un desafío al tópico berlanguiano del marqués de Leguineche. La rebeldía de Peyró consiste en una sublimación del casticismo a través de los modales, que son esas cosas que nadie tiene ya, como se afanan por demostrar cada semana nuestros diputados.

Y de esta condición rara, antiidiosincrásica, de Peyró se deriva el peculiar timbre de su prosa, que pulsa una nota mixta, una suerte de nostalgia alegre: este oxímoron es el tono perpetuo que modula sus frases, el bajo continuo de su sintaxis. Por eso algunos sabemos que es también un gran necrologista: se mueve como pocos entre el homenaje de la bienvenida y la pena del adiós. Yo tengo alguna necrológica encargada a Peyró, que él ya tiene escrita, y ahora solo nos queda esperar alegremente a que se muera el interfecto.

Los que le leemos hace casi una década conocemos bien algunos de los recursos más deliciosos de su preceptiva. Por ejemplo, el manejo del tiempo. A Peyró se le tilda de viejoven, pero lo suyo es un poco más complejo que eso: es cierto que él mismo presume de su condición demodé, pero no por desinterés del mundo

contemporáneo sino a consecuencia de su detenida observación: documenta minuciosamente la metamorfosis que la globalización imprime a nuestros barrios, donde cada día una franquicia toma el relevo de un colmado, salvo que el colmado ya lo regente un chino. Este impresionismo de paisaje urbano que tanto atrae la muñeca de Peyró necesita para funcionar un experto manejo de la técnica del contraste entre lo viejo y lo nuevo, entre el fondo gris del presente y la iluminación súbita del pasado. Como la pincelada de *La Tour*: también este libro deberíamos leerlo a la luz de una vela. Leer un Peyró bajo una luz LED es como nombrar a tus ministras por Tinder, aunque todo se andará. De sus paseos atentos extrae el autor esta condena inapelable a la era global del *fake*: «No hacemos más que abrir locales que intentan parecerse a los que acabamos de cerrar».

Y hablar del tiempo es hablar del vino, que llena las páginas más apasionadas de este libro. No como una afición chic sino como una patología, una enfermedad que le arruina y le estresa entre tormentos de indecisión: debe saberse que Peyró igual necesita media hora para elegir una botella de la carta, y eso si antes no le ha tirado la servilleta al sumiller después de una amarga polémica. Lo suyo con el vino —prohibido decir «caldo» en su presencia— no es la escapada cuqui de fin de semana ni el postureo del famoso que viaja con España en su mochila: es una afición profunda y antigua que le lleva a estar de mal humor si una mañana de abril ha granizado en no sé qué oscuro valle de la Borgoña o si, entrado el otoño, no ha llovido lo suficiente en la ribera portuguesa del Duero, o llovió demasiado. Sabe que estas calamidades climáticas pueden estropear el vino prome-

tedor que se debía descorchar en 2054. Por culpa del vino, Peyró no puede vivir en su propia época; a menudo vive en los setenta porque de esa década proviene la cosecha que más le gusta, o una de ellas, y si le produce desazón el siglo XXI es porque quizá no llegue a catar los grandes vinos que un día afloren de las uvas pisadas este año. El tiempo forja el vino como forja el sonido inimitable de la madera envejecida del Stradivarius, y en esa verdad del ser y el tiempo, inasequible al *made in China*, cree nuestro heideggeriano amigo como en el primer dogma de su código.

Y sin embargo, el talento de Peyró brilla aún más en el espacio que en el tiempo: su vida de hotel en Londres o su recorrido por esas logias de masculinidad que son los clubes ingleses se encuentran entre los mejores capítulos del libro, sostenidos por un delicioso tono autoparódico. Hay en ellos un elogio temerario de eso que Montano llama el catacumbismo, esa prohibida virilidad que Peyró sublima en el caballero de club, y si una Femen no ha reventado todavía esta presentación es porque nuestro autor gana siempre por elevación: porque todos —y todas— queremos que nos sienten a la mesa de Peyró. Llegados a este punto no me resisto a leer un pasaje sobre los sesgos ideológicos (incluidos los de género) que se agazapan en la aparente inocencia de la gastronomía:

Sí, los sesgos los carga el diablo, pero uno se hace cargo de ese raro sentimiento, entre la culpa y el *angst* reputacional, que puede acometer a un albañil a la hora de pedir un tartar de salmón. Nada, sin embargo, parece tan firmemente asen-

tado como el prejuicio según el cual un hombre — «un hombre que se viste por los pies» — bebe cerveza. Cerveza y punto. Beber vino alimenta la suspicacia. Y si el vino es blanco ya implica, directamente, maledicencia y, en algunos casos, rechazo social.

En el imaginario colectivo, en efecto, un señor que bebe vino blanco tal vez se emociona con la ópera, entiende de antigüedades, lee a Marcel Proust, sabe qué son los rododendros y, por las noches, acaricia el lomo de un gato de angora.

Lo que comemos, lo que elegimos comer o beber nos determina, revela nuestra personalidad ante nosotros mismos y a los ojos de nuestros acompañantes. Por eso el amor tiene un lugar muy destacado en este libro. ¿No es verdad que todo romance empieza o naufraga definitivamente en una cena? Hay un capítulo de *Comimos y bebimos* que es pura información de servicio para el usuario enamorado y que detalla el tipo de restaurante o de vino adecuados para una primera cita, pero es contenido premium: tendrán ustedes que comprar el libro si quieren triunfar. Solo revelaré esta pregunta rotunda, definitiva, que se hace el autor y a la que desde la primera madurez o la última juventud no podemos hacer otra cosa que asentir: «Qué es el amor sino descubrir juntos nuevos restaurantes». Más en concreto: ¿qué es el amor para un madrileño sino la inevitable escapada romántica a Toledo? Peyró descubre el librito galante de todos los madrileños de esta sala —el mío desde luego— y nos lleva a preguntarnos cuál será el Toledo de los coruñeses o el de los zaragozanos. Adónde

llevan ellos a comer a sus novias. Ahí hay otro libro que tiene que escribir un gallego o un maño.

Como escritor siempre intrigado por los trucos de estilo de mis colegas, encuentro en Peyró dos claras marcas de estilo. Una es la enumeración borgiana, que nuestro autor suele aprovechar para matizar su erudición con una voluta de humor, de modo que acabemos el párrafo en cuestión con una sonrisa, y a menudo con una carcajada. Peyró posee un nítido don para la comedia, y es algo que bajo su apariencia de formalidad quizá no se reivindica lo suficiente. Y el segundo rasgo definitorio es la poética combinación de lo abstracto y lo concreto: este es un libro dedicado al goce de los sentidos, pero Peyró no se queda nunca en la mera descripción hedonística. Esa vulgaridad en la que incurren otros que pretenden sentar cátedra de sibaritas y se quedan en glotonés. Solo Peyró puede convertir un capítulo sobre las dietas en un tratado de ascética barroca: puestos a posar de dandi penitencial, más sugestivas que la dieta Dukan son las mortificaciones de la carmelita María Gabriela de San José, que machaba naranjas secas para masticar su piel amarga y que incluso enseñó a ayunar a las gallinas. Mediante una sabia alternancia de referencias físicas y espirituales, el autor acierta a metaforizar por qué el tinto equivale a la belleza mientras que el blanco pertenece al campo semántico de la gracia o el encanto. Y todos entendemos lo que quiere decir. El primer deber de la literatura —verse sobre gastronomía o sobre campos de exterminio— es estimular la imaginación. Si no lo logra, estamos ante un reportero. No es malo ser un reportero, pero no es lo mismo que ser un escritor.

Me ha hecho ilusión leer en el libro el elogio de dos o

tres templos donde Peyró me llevó a comer, como el Asturianos; o me llevó a cenar, como El Padre, donde descubrí las mollejas de cordero, que desde entonces pido siempre que puedo como una venganza personal contra el fanatismo vegano; o me llevó a comer y a cenar en la misma tarde, como nos ocurrió en Cuenllas al poco de que me fichara *El Mundo*. En Cuenllas por cierto asistí fascinado al degüelle de una botella polvorienta que contenía una especie de néctar olímpico que creo recordar databa del año de la muerte de Kennedy.

Acabo ya. Lean este libro: dense ustedes el gusto. La vida es corta y está llena de gente zafia y compromisos absurdos. Peyró, nuestro Liebling del parque del Retiro, es un magnífico anfitrión del hedonismo tranquilo, enemigo de ese neopuritanismo frenético de nuestros días. La lectura de este libro contracultural nos absuelve de la austeridad que nos imponen los nuevos ayatolás de la salud, es indulgente con nuestro sobrepeso, nos reconcilia con lo viejo: esa condición proscrita por la efebo-cracia de Instagram. Pero ojo: hay gordos y gordos. Hoy la obesidad es una patología de masas embrutecidas por el colesterol industrial. Si hemos de ser gordos, nos dice Peyró, seamos gordos como los de antes: los que ensancharon su volumen corporal con sabiduría y constancia, no los que se atracan de comida basura con precipitación.

Acabará formulando la pregunta más trascendental que contiene el libro. Aquella que a todos nos interpela. Hágansela de corazón. ¿Qué prefieren ustedes, morir antes comiendo rosbif y bebiendo armagnac bajo la mirada paternal de un retrato del duque de Wellington o acumular trienios a fuerza de compartir aguacates con

tu profesor de *spinning*? Esa y no otra, queridos amigos, es la cuestión.

Muchas gracias.

J. B.

Texto leído en la presentación de Comimos y bebimos. Notas de cocina y vida, de Ignacio Peyró, en la librería Alberti (Madrid), el 25 de octubre de 2018.